

Conversaciones

José L. Fresquet (*)

(*) orcid.org/0000-0003-3394-6428. Universitat de València.

Dynamis
[0211-9536] 2021; 41 (1): 237-240
<http://dx.doi.org/10.30827/dynamis.v41i1.22469>

Antes de la pandemia María José y yo desayunábamos a las 7 en la cafetería del Rectorado que es, a su vez, la de la Facultad. A esa misma hora se ponía en marcha el establecimiento que, poco a poco, iba llenándose con los habituales: trabajadores de alguna obra cercana, servicio de limpieza del Ayuntamiento, personal de administración, dos o tres sanitarios que salían de guardia, algún estudiante madrugador y quizás algún profesor más. Solía ser de noche pero, en primavera, veíamos amanecer y poco después, superado el absurdo cambio de hora, la luz mediterránea lo invadía todo.

Esta costumbre de desayunar vino dada sin que nos diéramos cuenta, por la puesta en marcha del plan Bolonia que llevó las tres asignaturas que impartimos (dos obligatorias y una optativa) al segundo cuatrimestre. No obstante, acostumbrados ya y con algo más de tranquilidad, a lo largo del primero, decidimos seguir el mismo horario.

María José no empezaba su desayuno hasta que yo no recogía mi pedido de la barra, uno de los detalles que definía su personalidad. Desenvolvía su sándwich de queso y tapaba la taza de café con su correspondiente platito para que no se enfriara. Le gustaban cortos. Era su primera inyección de cafeína; la segunda venía tras la comida, ocasión que nos volvía a reunir a los dos y en muchas ocasiones a Carla Aguirre.

Era un buen momento para charlar, especialmente si a ninguno nos había tocado la clase de las 8 horas. Los temas variaban, pero había algunos que eran recurrentes. A los dos nos gustaba el teatro. Los lunes ocupaba parte de la conversación porque María José solía ir los sábados o domingos. A mí me gustaba asistir a los estrenos entre semana o ya había tenido la oportunidad de ver las obras en Madrid. Las exposiciones también se colaban en el diálogo

mientras que el cine lo hacía menos. De los conciertos de música clásica y de literatura discutía más con Carla en la pausa de las 11 o durante la comida.

Ambos llegábamos bien informados de las noticias del día. Yo había leído el periódico que recibía puntualmente de madrugada en la tablet y desconozco de dónde obtenía María José la información. Este país proporciona temas suficientes para hablar y discutir.

Cuarenta años hace que María José y yo empezamos juntos en la entonces Cátedra de Historia de la Medicina a la que también se acababa de incorporar José L. Barona. Cuando uno va cumpliendo años es de ley recordar con nostalgia tiempos pasados. Esto lo hacíamos con frecuencia y durante el tiempo del desayuno nos reíamos de aquellos años de «Cesta y puntos», «Viaje al fondo del mar», del Concilio Vaticano II y sus repercusiones en los trajes de primera comunión de los sesenta, de los ejercicios espirituales en semana santa, de Massiel y su «La, la, la», de «Escala en Hi-fi», «Bonanza», Herta Frankel... cosas sin importancia pero que a esa edad quedan grabadas a fuego en las neuronas.

Esta primera toma de contacto diaria también servía para que María José me aclarara los mensajes electrónicos que de madrugada, como a hurtadillas, llenaban nuestros buzones virtuales: Información de los sindicatos cuatro veces multiplicada, sobre becas y ayudas, sobre «cómo atraer talento», sobre el «emprendidurismo», la «gobernanza» y los planes estratégicos», sobre la «excelencia» y la «innovación», sobre «programas europeos» de los cuales el noventa y nueve por ciento no tenían ninguna relación con nuestra área, de normativas que habían cambiado... La alergia que he desarrollado con este tipo de correspondencia la calmaba María José que sabía separar lo bueno de lo malo, lo útil de lo inútil, que traducía el palabrerío pedante, ampuloso y redicho que poco a poco se ha ido apoderando del lenguaje universitario. Conocía también los recorridos burocráticos aparentemente sencillos que había que hacer, por ejemplo, para entregar las actas, y recordaba las fechas de los diferentes plazos de entrega de cualquier cosa. ¿Quién se encargará ahora de esta tarea?

Sólo hubo un hecho que me hizo percibir que la infinita paciencia de María José con estos temas estaba desgastándose: el nuevo doctorado. A lo largo de nuestra vida académica el posgrado y el doctorado han cambiado numerosas veces sin que se notara mejoría alguna. Creo que solamente ella logró comprender ese cambio que, a mi entender, ha sido concebido y redactado por personas que requieren asistencia especializada. ¿Por qué estas reformas y su plasmación en papel nunca vienen firmadas por nadie? María

José tuvo la paciencia de hacer frente y poner en marcha esa complejísima maquinaria con grandes contradicciones internas, sin molestarnos a los demás. Sin apenas quejarse hizo centenares de consultas y recorrió el camino departamento-escuela de doctorado-departamento, infinidad de veces. De esta forma María José perdió (insisto, perdió) mucho tiempo.

Por último, otro tema de conversación era nuestro trabajo y los cambios que había sufrido a lo largo de cuarenta años desde que ella, Barona y yo decidimos dedicarnos a la historia de la medicina. Tras las lecturas de las tesis de licenciatura, el diseño de las tres tesis doctorales y un plan de lecturas diseñado por López Piñero para nuestra formación, empezamos a acompañarle para escuchar sus clases, nos hicimos cargo de algunos seminarios y también de algunas prácticas. Los tres compartíamos despacho. El ambiente que reinaba en los años ochenta en la Cátedra y Biblioteca y Museo historicomédicos era de los que invitaban a quedarse. También compartíamos intereses con el personal del Hospital Clínico, del CSIC y de la Universidad que se integraba en el entonces Centro de Documentación e Informática Biomédica. Sin embargo, en Europa la disciplina empezaba a languidecer. Desde entonces los cambios —no siempre positivos— se han ido sucediendo hasta hoy.

Cuántas veces comentamos también que la, en principio creación de una única área de conocimiento de historia de la ciencia, apoyada por mí en una extensa entrevista que le hice a José María en El País, había sido un error. La investigación en la disciplina a la que se acercan hoy legión de historiadores, científicos diversos, ingenieros, historiadores del arte, artistas, economistas, periodistas, divulgadores, etc., más que interdisciplinaridad lo que aporta por lo general es «ocurrencia» y visiones fantasiosas de la ciencia y la práctica sanitarias que poco o nada tienen que ver con la realidad. Otro error definitivo que nos ocupó largas conversaciones fue el desmantelamiento del Instituto de Historia de la Medicina y de la Ciencia López Piñero como centro mixto de la Universitat de València y del CSIC, máxime cuando como director formé parte del equipo que adquirió, planificó, diseñó y puso en marcha el Instituto en un edificio emblemático del centro histórico de la ciudad. María José siempre colaboró cuando le pedí ayuda y no me planteó jamás ningún problema.

María José y yo teníamos opiniones parecidas en muchas cosas, pero ella gozaba, como se suele decir, de más cuajo, llevaba con paciencia las adversidades. Podría decir que durante las miles de horas que hemos pasado juntos, jamás percibí cambios de humor evidentes. Todo, además, llevado

con una exquisita discreción. Por otro lado, algo que también nos unía es que la docencia nos compensaba de tanto cambio e insensatez, así como de los desengaños. A ambos nos gustaba la enseñanza y a María José —la doctora Báguena— sus alumnos la adoraban y la tenían en alta estima.

La vida tiene sus momentos de crueldad y éste es uno de ellos. Nos queda la sensación de que algo se ha interrumpido inesperadamente, que hemos sufrido una gran pérdida, que hay unos alumnos que esperan ansiosos que María José entre en clase. Mientras tanto, queda en nuestras mentes su recuerdo. ■